

Los Juegos del Jefe

Luis Avila



Capítulo 1

Vive la pasión de un romance explosivo

Nat es estudiante de medicina y ha iniciado sus residencias en el Hospital de Yorkshire.

Sin embargo, tiene un costado que nadie conoce más allá de su carrera: es una hacker fascinada con descubrir la privacidad de las personas. Este costado suyo le hará tomar venganza de su insoportable jefe: Nick Jefferson.

Quizá no debería acercarse demasiado a él.

Quizá debería seguir las advertencias.

Quizá...descubra secretos que pongan su vida en peligro.

Y es que Nick lleva una vida empresarial que nadie conoce: ha montado una industria clandestina... Es un magnate en el negocio de la pornografía.

¿Nat podrá llevar a cabo su plan? ¿Hasta dónde sería capaz de llegar en la vida de Nick?

#EmpiezaElJuego

#NickJefferson

#NatHale

#LosJuegosDelJefe

#AlCarajoLasReglas

El 22% de las personas en el mundo creen estar siendo observadas por la cámara de su celular.

El 10% cree que está siendo observada desde su computadora u otros dispositivos.

El 99,9% de las personas que tiene un dispositivo electrónico con cámara frontal o dorsal, es susceptible de ser observada.

Al menos el 5% de la población es susceptible de estar siendo hackeada.

Ahora mismo.

#000

[PRÓLOGO]

Hay mundos que no deberían ser descubiertos.

No por peligrosos sino por fascinantes.

Pero las reglas son demasiado aburridas como para ser seguidas. Lo divertido está en que fueron creadas para ser burladas.

Lo mejor de saltarte una norma es que podrías descubrir algo asombroso. Personas que no tienes idea que son reales, juegos que podrían hacerte perder la cordura en menos de lo que dura un chistar de labios, contratar un asesino por menos de diez dólares, ver pornografía ilegal por centavos, meterte en la computadora de otros por cinco dólares más... Las maneras son infinitas.

Cuando llegué a Yorkshire, pensaba que llevaría a cabo una vida normal. Estudiaría en la Escuela de Medicina, sería un cero en la izquierda para los demás y hurgaría en ciertos datos cada vez que alguien me hiciese daño. Manteniendo a salvo mi vida detrás de las pantallas.

Sólo necesito un teclado y seré más peligrosa que un revólver.

Sólo dame tu IP y tendré tu vida en mis manos.

Sin embargo, esto es lo que hace que mi supervivencia corra peligro constantemente. Por eso soy un punto ciego. Una sombra anónima. Alguien que no hace daño pero que sí hace justicia cuando lo ve conveniente.

Cuando llegué a Yorkshire, creí que sería una más del montón.

Hasta que Nick Jefferson se cruzó en mi vida.

Y desde entonces, supe que sería mi enemigo.

#001

[#BASTARDO]

Mamá hace sonar mi celular todas las mañanas.

Cree que el cubículo donde vivo no tiene buena acústica como para saber que la app de mi despertador está a punto de bramar a un lado de mi cabeza.

—¡Basta ya!—grito en dirección al móvil y lo arrojo contra la cómoda.

Pero no logro desarmarlo así que sigue sonando. ¿Por qué tuve que comprar de esos que traen la batería incrustada? ¿Por qué mi madre piensa que mi intento por independizarme fracasará? Llama cada mañana con la excusa de querer saber "cómo he amanecido" pero en verdad lo que quiere es asegurarse de que ya estoy tomando mi café, lista para salir al hospital.

Me quito la frazada y empujo a un costado. Busco mis pantuflas y me las coloco al revés mientras me dirijo a buscar el móvil que ha caído bajo la cómoda. Ni que lo hubiese arrojado tan fuerte, santo cielo.

Me agacho y mientras tanteo con mi brazo, deja de sonar. Genial, ahora vienes a callarte, no sabes cuánto te lo agradezco.

Mi corazón se desboca al tocar algo blandito y peludo. Quito la mano de inmediato y me arrojo hacia atrás, golpeándome la espalda contra el borde de la cama. ¿Qué demonios fue eso?

Busco un zapato y lo sostengo. Miro detenidamente bajo la cómoda de tablas destartaladas.

Intento discernir qué puede haber sido, cuando la luz del móvil vuelve a encenderse y vibra anunciando un mensaje. Doy un salto en el instante que se mueve lo que antes toqué y se mete en un hueco justo entre la

unión del suelo con la pared. ¡Mierda, mierda, mierda!

De pronto miro mi mano con la que toqué el ratón como si tuviese ácido y corro hasta el baño para lavarme. Me enjuago frenéticamente con jabón sintiéndome sucia. Hasta pruebo con lavandina y una vez que me convenzo de que fue suficiente, vuelvo a mi cuarto y empujo la cómoda con precaución de no tirar el espejo que pende de ella.

Así es que encuentro a mi presa. El móvil, obvio, no la jodida rata.

Lo levanto y miro la pantalla.

Una llamada perdida de N. JEFFERSON.

CARAJO.

Miro la hora y compruebo que apenas son las 7:05. Tengo veinte minutos en tren, veinte más entre ducharme y desayunar. Entro a las 8AM. Estoy en horario. ¿Qué quieres ahora Nickolas Jefferson?

Hay un mensaje que ha dejado luego de la llamada.

Dónde diablos estás, Natalie.

Te he llamado y no contestas. DESPIERTA. Te requería hoy a las 7 Y AÚN NO HAS LLEGADO.

Ay, no...

Me sujeto la cabeza como si me fuese a reventar. Ayer llegué a las once de la noche a casa, me quedé jugando a Minecraft hasta las tantas y olvidé que, el bendito doctor Jefferson me pidió que fuese antes al hospital para presenciar la disección de un cadáver.

Es parte del programa de residencias del cual formo parte.

Llego en 15.

Envío mi respuesta y rezo para no encontrármelo de malas cuando llegue.

Me meto a la ducha a la velocidad de la luz y debo asearme con agua helada puesto que el termotanque demora en calentar el agua.

Uso jabón y un poco de champú nada más para acelerar las cosas y al salir, tomo mi móvil con el que escucho música cuando me ducho. Pido un Uber y pienso en lo sobrecargada que ya tengo la tarjeta de crédito.

Debo unos 6000 dólares de alquiler por la caja de zapatos donde vivo, aunque es lo más económico que encontré en Yorkshire. No es caro pero los montos se multiplican cuando debes más de tres meses.

Con la mano, quito un poco de humedad al vidrio del baño y me cepillo los dientes. Mi rostro es demasiado redondo, soy de contextura delgada pero nunca explicaré cómo es cuando pesaba 38 kilos en mi adolescencia, no se me desinflaron también las mejillas y el trasero. La gente dice que soy "normal" ahora que peso diez kilos más y mido un metro sesenta, pero no me lo creo: Mi nariz es muy respingada y mis ojos demasiado grandes.

Lo único de mí que me gusta son los ojos azules. Papá los tenía del mismo color. Mirarme al espejo me recuerda mucho a él. Mis labios son carnosos pero siempre los tengo inflamados de tanto mordérmelos mientras peleé en Mortal Kombat.

Cuando he terminado de higienizarme, salgo, me coloco una camiseta holgada blanca y pantalones azules de jean. Zapatos y encima, la bata blanca de la guardia del hospital.

Antes de salir, miro mi móvil y dice que el Uber lleva seis minutos esperando. ¡Mierda! ¡Me los está cobrando! No me miro al espejo antes de salir y cierro con llave. Me la guardo y bajo las escaleras de los apiñados apartamentos.

Al salir, me subo y saludo al taxista. Le pido disculpas pero no dice más que "ajá, ajá".

Suspiro. Mi estómago ruge. Anoche no he tomado más que agua y café. Tengo algunos dólares pero debo sobrevivir con ellos hasta el próximo mes que me paguen. Apenas me alcanza el sueldo universitario del hospital, sin embargo, espero que cuando consiga un puesto fijo, pueda

vivir dónde y cómo yo quiera.

Cuando enciendo la pantalla del móvil, veo que tengo otro mensaje. Sí, del jodido Jefferson:

Quédate en tu casa hoy.

Estás fuera del programa de prácticas.

El corazón se me sube a la garganta y ahogo un grito cuando leo esas espantosas palabras.

¿Cómo...que...fuera...? No. No, no puede ser. Necesito aprobar esto. Necesito aprobarlo este año. No puedo rehacerlo. Y no por culpa de que el jefe de residencias es un maldito obsesivo que trabaja más horas de las que le da el culo y quiere obligarnos a que todos sigamos ese ritmo.

¿Pero qué edad tiene? ¿Treinta? No hace tanto debe haber estado en mi lugar. Sabe lo importante que es esto, idemonios!

No, Jefferson. Esto no quedará así.

Me he estado absteniendo hasta el momento de hacerlo pero me he quedado sin opciones. Él me ha empujado a esto...

Busco en mi mochila la tablet y abro mi cuenta en HardDeep. Esta es una plataforma que oculta tu IP al navegar y puedes tomar el IP de otras personas al contactarte con ellas.

Una vez dentro, busco al doctor en Facebook. Me cuesta hallarlo, quizá se me ocurre que el aburrido de este tipo no tiene idea de lo que es divertirse un rato con una red social o un videojuego, pero no es tan chapado a la antigua como pensaba. Doy con él, no obstante me llama la atención que el segundo resultado es un chico muy parecido. Parece tener diez años menos que Nick. ¿Será una cuenta vieja? Tiene el pelo largo rubio hasta bajarle la mandíbula, ojos claros, bronceado pero sus comisuras rasgadas me confirman que no se trata de Nick. Aunque comparten apellido y una ligera similitud de facciones.

Jordan Jefferson.

Entro y stalkeo sus fotos. No tiene mucho cargado pero me voy a Snapchat y a Instagram. Tiene vídeos y fotos sin camiseta. Es modelo y muy lindo. Reemplazo mi idea de buscar a Jeff y rastreo el IP de Jordan

en HardDeep. Una vez que lo consigo, lo introduzco en mi localizador y descubro que el chico está ahora a unos cuarenta kilómetros. Ha tenido la Ubicación activada en los últimos días. Reviso los lugares donde ha andado y el corazón me cae a los pies cuando noto que ha frecuentado demasiado unos saunas gays y negocios del bondage.

Desde la cuenta personal puesta en mi móvil, le doy Follow a su cuenta de Instagram. Que no sea hetero (si es que mis deducciones son correctas) no significa que no me haya parecido un chico divertido. Y no lo digo por el bondage...quizá.

Así que voy a mi objetivo.

Nickolas Jefferson.

Localizo su cuenta y sólo tiene una foto de perfil, no hay portada, sólo ha compartido publicaciones referidas a la medicina y la última es del 12 de noviembre de 2016. Sí, DOS MIL DIECISÉIS. ¿Por qué no se parece un poquito a su hermano? Tendría mucho que aprender.

Una vez que lo rastreo desde mi HardDeep, intento obtener su IP, sin embargo, un cartel salta a la vista en mi pantalla.

ERROR

¿Qué? No puede ser. He de haber transcrito mal. Vuelvo a copiarlo pero esta vez con un simple Ctrl+C y un Ctrl+V para evitarme cualquier inconveniente. Lo corroboro: Está idéntico.

Enter.

ERROR

¿De nuevo?

Vamos, tiene que ser una broma. Puta tecnología. Suelo usar páginas webs alternativas para el rastreo de IPs así que me dirijo a una de ellas y coloco el link con la cuenta de Nick.

Carga.

Y aparece una ventana en blanco con un código en letras grises. ¿Error de nuevo? Traduzco el código con una aplicación y leo lo que dice:

Dirección%de%IP%bloqueada%Imposible%acceder

¿A qué rayos te refieres con "imposible de acceder"? Tecnología del demonio, tú no me dirás que no puedo acceder a la cuenta de un fanfarrón como Jefferson.

Si Jeff me echa de las prácticas, estaré frita. Quedaré en la calle. El dueño del edificio no me tolera un solo mes de deuda más.

Debo tomar riendas en el asunto con Jefferson...

Todo el mundo tiene un historial que ocultar.

Todos hemos hecho en Internet algo que nos avergüenza; de ello nadie se escapa.

Y tú, Nickolas Jefferson, vas a pagarlo caro si me repruebas las prácticas.

Para ello, sólo debo acceder a su IP. Nunca tuve inconvenientes salvo con hackers, pero al encontrarme con éstos, frecuentemente me detengo. No quiero que invadan mi privacidad; aunque a mí sí gusta espiar en la de los demás, yo no haría lo que ellos sí sólo por divertirse.

A menos que... Nickolas lo haya hecho. Que haya bloqueado intencionadamente el acceso externo a su dirección IP. Pero, ¿por qué? Esto no hace más que ayudarme a constatar que esconde algo ahí.

Y necesito acceder a cualquier costo.

Lo pienso y sólo me queda una alternativa: descargar un virus a su computadora. Tengo que meterme en ella y sólo se me ocurre una manera: violar su privacidad. ¿Haría algo ilegal sólo para salvarme? ¿Amenazaría a Jefferson sólo para sacarme un beneficio?

Dicen que en la desesperación todo vale, y yo estoy desesperada.

Más que nunca.

Lo siento, doctor. Ya tomé mi decisión.

#002

[#DESPRECIADA]

El malware está listo. Lo descargo mientras bajo del Uber y lo dejo encriptado en mi cuenta de HardDeep.

He visto que Jefferson tiene un portátil en su consultorio que muy poco usa. Sólo para llenar planillas y enviar amenazas por mail a sus alumnos practicantes de que les va a reprobar por ser unos inservibles y no estar a su eminente altura. No espero menos de él. Debo enviar el malware por bluetooth aunque él lo tiene que aceptar para que yo pueda vincular mi tablet a su computador. No puedo hacerlo desde mi móvil personal ya que ahí no uso HardDeep, de hacerlo ha de predominar el soft anónimo.

Mientras paso por el pasillo del hospital de Yorkshire, percibo algunas miradas que me cruzan, personas que me ven como si fuese un bicho raro. O es que yo estoy paranoica por mi tardanza.

¿Será que Jefferson se ha encargado de que todos sepan lo ineficiente que soy? Por favor, aún no son las 8AM y ese es mi horario diario.

Dos patanes de las prácticas a quienes reconozco como Sanders y Chuck, me miran y ríen también. Los he sumado a mi lista negra, no obstante alguna vez les revisé el historial de Internet. Sólo porno del corriente, nada que pueda evidenciar francas tendencias criminales o que pueda avergonzarles.

—Qué tal, Hale. ¿Te enjuagaste la boca hoy?

El otro lo empuja y acompaña con una risotada.

Malditos imbéciles. Algo encontraré, estoy segura.

No termino de entender del todo su horrible broma pero es probable que me haya juzgado de quedarme dormida. Hecho que no fue así, isólo olvidé que hoy debíamos estar presentes una hora antes!

Hasta que entro a la antesala de la morgue, me cierro la bata, lavo las manos, coloco guantes con la proflaxis adecuada, recojo el cabello y antes de colocarme el barbijo, entra Sophia desde el interior de las "mesadas" como le llamamos a la sala donde se hacen las disecciones.

—Hey—me dice. Es mi mejor amiga desde primer año de la universidad. Es delgada, más alta que yo, rubia de ese castaño oscuro que es difícil distinguir el límite entre lo rubio y morocho, de ascendencia holandesa y su semblante de inocencia es mucho más sutil que sus comentarios—. ¿Estuviste haciendo cosas indecentes antes de llegar?—me pregunta.

Frunzo el entrecejo.

—Solo olvidé que debíamos llegar antes—me explico—. ¿Jeff está furioso con los que hemos faltado hoy?

—Jefferson siempre está furioso—dice ella mientras se quita los guantes sucios, lava las manos y saca un espejo diminuto del interior de la bata donde suele llevar también cosas de maquillaje—. Y eres la única que aún no llega, así que ya sabemos a quién puede dirigir su furia de hoy.

—Ay, no.

—Sí, eres la única que faltó.

—iNo lo digo por eso!

Cuando me miro al espejo, encuentro con la enorme mancha de pasta de dientes que tengo en la boca. Me quito los guantes y me lavo hasta no dejar nada.

—No es tan grave—dice ella.

—Pero parece que tuviese una acab...

—iCállate! iEs repugnante!

Me encojo de hombros.

—Sólo lo sugieres pero se entiende que no—dice ella y guarda su espejo diminuto—. Vamos adentro antes de que nos repruebe por completo.

Una vez que estamos en “la cocina”, nos encontramos con varios practicantes higienizando el sitio donde estuvo el cuerpo. Ya se lo llevaron. Literalmente he llegado tarde.

Con rapidez rastreo el lugar y a un costado, me encuentro con el jodido doctor Jefferson. Se ha descubierto el cabello corto y se está quitando los guantes de látex mientras conversa con Bea, una odiosa estudiante de la carrera que, según corren los rumores, se ha metido el paquete de algún profesor con tal de aprobar un par de asignaturas y conseguir otros beneficios. No entiendo cómo hemos llegado a coincidir en alguna instancia de la profesión. Jefferson parece no darle mucho rollo pese a que es una de las pocas personas que se detiene a escucharla, aunque su voz chillona hace que a cualquiera se le parta la cabeza. Quizá se deba también a que muestre tanto el escote mientras habla y se le desprenden algunos botones de la chaqueta blanca.

El punto es que, cuando Nickolas repara en mí, dirige un vistazo que filtra algunos atisbos de furia. Bea capta la distracción y se vuelve para saber quién ha robado la atención que ella debería estar captando ahora mismo, como le gusta tomar la atención de todo el mundo. Ella me mira de arriba abajo y vuelve al objetivo anterior. Busca la mirada de Jefferson y éste, finalmente, me ignora.

—Mira quién está reteniendo al jefe de residencias más lindo en la historia de los jefes de residencias—me dice Sophia por lo bajo.

—Beatrice—murmuro su nombre como si fuese una palabrota—. No me interesa. Seguramente conseguirá su objetivo de tirárselo en algún momento. Si es que no lo ha hecho, ya.

—¿Tú crees?

—Se detiene a escucharla y eso ya es demasiado viniendo del maldito Doctor Jefferson.

—Chissst—me prevé Sophia de que baje la voz.

—¿Qué?—me vuelvo directamente a mi amiga—. Es cierto. Nadie en el mundo es tan insoportable como él.

—Yo lo soportaría a cambio de tener en mi cama su enorme... Santo cielo, viene hacia acá.

—¿Qué?!

—Sí, y creo que viene a...nosotras... ¿qué vas a decirle?

—Yo... ino lo sé!

—Ay, demonios.

Finalmente Jefferson interviene entre la acalorada conversación de mi amiga y yo. Bea anda atrás del doctor como perro en celo que huele el trasero a los otros.

—¿Qué hace acá?—me intercepta directamente. Una cualidad del doctor es que no tutea a sus alumnos y acaba de no hacerlo por primera vez desde que lo conozco.

—He...venido a mi...práctica.

—Está fuera de esto, señorita Hale. Le di demasiadas oportunidades.

—¿Oportunidades? ¡Tú no le das oportunidades a nadie! Además, ¡deja de tratarme como si dejase de ser parte del equipo!

De pronto siento que las miradas de todos me pesan. Le he gritado. Le he gritado al maldito Doctor Jefferson, profesor y jefe del Programa de Prácticas y Residencias del cual dependo para obtener mi titulación definitiva en Medicina, lo único que podría sacarme del miserable modo de vida en el que he estado estancada más o menos desde hace veintidós años, es decir, desde que nací.

Y la he terminado de cagar justo ahora.

—En mi despacho. Ahora.

Rompe la tensión generada, me evade y se retira. Beatrice se retira tras él y clava sus enormes ojos negros en mí, sacudiendo también su enorme melena de cabello negro sedoso. Es una perra. No me ha dicho nada directamente pero lo es de todas formas.

—Amiga, no sabes cuánto lo siento—murmura Sophia y parece que llorará en cualquier momento siendo que fui yo la afectada.

—No lo sientas... Aunque, ¿sabes una cosa? Necesito que me hagas un

favor. Te lo ruego.

De pronto mi cabeza empieza a sacar cuentas y evoco mentalmente el programa de HardDeep con el malware que he encriptado en la tablet de mi mochila.

—No puedo salvarte de esto pero dime lo que necesitas—responde mi amiga—. Siempre que no se trate de rayarle el auto o tirarle bombas de pintura a la casa. Grafitis tampoco, soy mala para el diseño.

—Nada de eso—me vuelvo a ella. Admito que alguna vez lo hice, pero eso fue cuando tenía 13 años. Consecuencias de ser una chica que siempre prefirió juntarse con chicos—. Tienes que distraer a Jefferson durante treinta y nueve segundos, una vez que yo esté dentro de su despacho.

Sophia frunce el entrecejo.

Salgo corriendo del lugar y busco mi mochila de los casilleros donde guardamos nuestras pertenencias. Quito la tablet y comienzo a desencriptar el archivo. Demorará unos cuarenta y siete segundos.

Alguna vez hemos tenido reuniones en el despacho del doctor. Tiene una Lenovo última generación sobre su escritorio.

Tiempo que demora un ordenador de ese tipo, sin troyanos de por medio, en encenderse e iniciar el sistema operativo: siete segundos.

Tiempo que demorará mi tablet en acoplarse a su dispositivo vía bluetooth: diecinueve segundos.

Tiempo que demorará en enviarse el Trojan Tools, alias malware: ocho segundos.

Tiempo que demorará en instalarse: cero. Cuando Nickolas reinicie su máquina, ésta actualizará el Microsoft automáticamente y él pensará que sólo es una actualización más, cuando en verdad, mi bebé estará extendiendo sus raíces en todo el sistema operativo para darme información exclusiva.

Tiempo que me tomaría en llegar a su escritorio desde la puerta: dos segundos. Tiempo que me demoraría levantarme de la silla y reubicarme donde quedé: tres segundos.

Total: treinta y cuatro segundos.

Probabilidad de tiempo de carencia estimado ante un margen de error:

cuatro segundos.

—Entonces, ¿debo distraer a Jefferson durante treinta y nueve segundos mientras tú haces no se qué cosa ahí adentro a la velocidad de un rayo?—pregunta Sophia mientras caminamos en dirección al despacho del doctor. Ella echa un vistazo de refilón a mi tablet—. Sólo espero que lo que vayas a hacer esté dentro de los márgenes de la legalidad. ¿Te tomarás una selfie en pechos sobre su escritorio y la colgarás en Snapchat?

—Nada de eso, Sophia. Lo que sea que vaya a hacer, Jefferson ni lo va a notar. Lo prometo.

Ella me mira y suelta una risita.

—Por favor—le insisto—. Háblale de lo que sea. ¿Recuerdas cuando necesitabas que le dijera a tu madre que estábamos haciendo un trabajo para la clase de Anatomía Patológica II y en verdad, estabas estudiando la anatomía de Mark Dustin contra la biblioteca de su padre?

—Ya, ya.

—Lo hice totalmente desinteresada pero esto lo necesito ahora como tú necesitabas que yo le mintiera a tu madre. Porfas. ¿Está bien?

Mientras subimos las escaleras camino al despacho de Jeff, ella asiente y murmura:

—Treinta y nueve. Ni un segundo más.

Si lo logra, será digna de admiración. Jefferson odia conversar. Sólo da órdenes. Y mi amiga debe retenerlo durante un tiempo monumental.

El punto es que, al llegar, me encuentro con Bea en la puerta. ¿Qué carajos debe hacer aún aquí?

—Hey—me adelanto. Está con la espalda apoyada sobre la puerta—. ¿Me das permiso?

—Oh, lo siento, el profe está ocupado. Me está esperando para explicarme el asunto de la intimidación del paciente. No me quedó claro en la clase de Ética Profesional y necesito un ejemplo práctico. Adiós, perdedora. Por cierto, ¿no se supone que debes rehacer el programa de Residencias el próximo año?

La miro y mis ojos echan fuego.

Añadida a mi lista negra: Beatrice Lange. Prometo revisar cada una de tus conversaciones.

—Me está esperando. Hazte a un lado—le digo.

Sophia suelta un suspiro y, aprovechando que es más alta que Bea y yo, toca la puerta por encima de las dos.

La zorra se aparta de la puerta y se pone delante de So y de mi nariz.

Demora unos catorce segundos en aparecerse el ojeroso doctor Jefferson por la puerta.

Justo antes de que desatemos una batalla campal contra su placa de titulado.

—Oh, gracias por atender. ¿Seguimos con eso de “las revisiones en consultorio”?—pregunta Bea con una confianza forzada. Capto que Nickolas la mira con aires de “¿eres estúpida o qué?”, la ignora y se vuelve a mí:

—Hale. Entre y cierre la puerta.

A Bea se le cae el alma a los pies.

Nickolas nos da la espalda y se mete al despacho.

Cuando la sobrepaso para poder entrar, debo empujarle un hombro y ella masculla por lo bajo:

—Lo tienes merecido, inútil.

Le muestro el dedo medio y entro. Si creía que nunca iba a tener problemas con esta matona, estaba equivocada. Y todo por culpa de Nickolas Jefferson en el que podría ser, mi último día de trabajo.

Cuando cierro la puerta, me lo encuentro afirmado sobre la parte delantera de su escritorio. Está cruzado de brazos y mira hacia un punto fijo en su biblioteca pero se hace evidente por la mirada perdida que no busca un tomo en especial. No he venido a que me dé una clase sino para que me expulse formalmente del programa.

Jefferson es doctor, profesor y jefe a la vez. Doctor en el área de cirugía dentro del departamento de Neurología aunque cada tanto debe suplir colegas en Urgencias, profesor de la Universidad en una de las últimas asignaturas llamada “Paidoneurología” y jefe del departamento de prácticas profesionales que hacen a los requisitos del programa universitario para poder terminar la Escuela de Medicina y del programa

remunerado de residencias.

Por lo tanto, tiene su propia oficina en el hospital que es donde estamos justo ahora, su consultorio más un despacho privado en la universidad. ¿Cómo logró tanto en tan poco? Es imposible de explicar a ciencia cierta pero el enojo con el que vive evidencia que no hace nada más por fuera de esto. Nada de nada. Sólo una persona frustrada con su vida puede ser tan despreciable.

—Siéntese, señorita Hale—señala un sillón al costado, frente al mueble de biblioteca.

—Permiso—murmuro y avanzo a pasos acelerados hasta llegar al sofá de tres cuerpos.

Jefferson se rasca la barba y sigue mirando fijo. A continuación se vuelve a su escritorio donde tiene un vaso de vidrio y una botella de Bourbon. Se sirve y no me ofrece. Tampoco le aceptaría. Al otro lado está mi objetivo: su portátil.

Mientras bebe, se cruza de brazos otra vez y el guardapolvo blanco abierto le aprieta los amplios bíceps. Del mismo modo con la camisa celeste que tiene debajo. No sé si lo sabrá pero el color le combina excelente con sus ojos y no sé por qué carajos he pensado eso.

—¿Recibió mi último mensaje de hoy?—me pregunta.

Asiento.

—Entonces, sabrá que ya no forma parte del programa de prácticas—añade y contengo mis ganas de saltar en defensa propia—. Luego de esta conversación, enviaré un mail a la dirección de la Universidad para pedir su baja y notificando de haberlas reprobado.

—Si me permite, prof...

—No he terminado. —Cierro la boca—. Su incumplimiento será reflejado en su legajo. Normativas del hospital. Aquel centro de salud que la reciba el próximo año, deberá conocer sus referencias.

—¿Incumplimiento?—logro meter una palabra entre medio que él capta y me mira con su semblante serio. Bebe otro trago. ¿Será alcohólico? Jefferson siempre huele a colonia para después de afeitarse, no recuerdo haberle percibido olor a bebida.

—Hoy ha llegado una hora tarde...

—Cuarenta minutos.

—La semana pasada no reescribió la historia clínica que le ordené...

—¡Hoy lo iba a hacer!

—Debería haberlo dejado listo el viernes pasado.

—Lo hubiese hecho si no tuviera que atender a dieciséis pacientes por día, higienizar las mesadas de la morgue y desinfectar los instrumentos de la sala de cirugía, hecho que deberían hacer los instrumentistas y no los que estamos de prácticas de la Escuela de Medicina.

Jeff levanta una ceja.

—Lo siento—me apresuro en agregar.

—Sus respuestas justifican mi decisión, Hale.

De pronto escuchamos ruidos afuera. Parece que Bea y Sophia discuten. Ambos mirando en dicha dirección hasta captar que dan dos golpes a la puerta.

¡Sí!

—La decisión está tomada—añade ignorando que están llamando afuera—. ¿Algo más que quisiera agregar?

—¿No va a ver quién llama?

—Tienen prohibido interrumpirme.

—Podría ser importante...

Vuelven a golpear.

Y otra vez.

Sí, Sophia.

Lo siento mucho, lo compensaré.

—Santo cielo—suspira Jefferson, me da la espalda y abre la puerta. Sophia está de pie, lidiando con Bea.

—¡Le dije que no podía molestarlo!—grita la insoportable de Lange.

—Lo siento, pero es importante—añade.

—¿Importante? Lo vemos luego—dice Jefferson e intenta darle la espalda pero Sophia se adelanta con un pie contra el umbral.

—¡Es...urgente!

Jeff la mira.

—Sophia, no ensucies tu legajo. Es bueno. No lo arruines.

—Lo digo, en verdad. Ha entrado un paciente en neuropsicología y es urgente. Creo que lo necesitan a usted.

—¿Qué?!—brama Bea—. ¡Ha estado aquí todo este tiempo...!

—Lo vi antes. En serio. Venga, por favor—interviene Sophia tapándole la boca a Beatrice y Jefferson se pasa una mano por el rostro.

Acto seguido se vuelve a mí y me ordena:

—Quédate donde estás. Regreso enseguida.

Y se va.

Acto seguido nos quedamos sólo su computadora, mi tablet con el malware y yo.

Treinta y nueve segundos empezando...

Ahora.

#003

[#LADRONA]

Eso es bebé, muéstrate para mí.

Sí, eso, más rápido. Más. Más rápido.

Así, me encanta. Mantén esa velocidad, vas perfecto, ya queda poco.

Ahora quiero que acabes. Pronto. Eso es, sí. Ahora. Acaba ahora.

Y... ilisto!

El archivo se ha terminado de descargar en mi tablet.

Una de las ventajas de haber salido temprano de trabajar, o de haber sido echada, es que puedo estar en mi casa almorzando medio kilo de helado con chips de chocolate. No almuerzo todos los días esto, mi alacena se caracteriza por tener fideos disecados y sopa de pollo envasada. Pero ésta es una ocasión particular para el festejo: hoy he podido meterle un virus a la computadora del idiota del Doctor Jefferson. Así es, profesor. ¿Qué va a hacer ahora contra esta pobre estudiante de Medicina que necesita las migajas que gana en sus putas residencias hospitalarias?

Llevo tiempo sin hacer esto. Una de las políticas que tenemos en mi grupo de hackers anónimos de HardDeep es no beneficiarnos del perjuicio hacia otros. Y esta vez, lo necesito con mi vida.

Mi móvil vibra en la mesa diminuta de la cocina. Es un mensaje de mamá.

Hola cariño, ¿estás bien? No respondiste a mis llamadas.

Lo siento, mamá pero no eres la única persona a quien no le respondo. Le doy la vuelta al celular y vuelvo a la pantalla de mi tablet conectada al portátil. Necesito dinero para comprarme un computador más sofisticado, esta mierda se está poniendo lenta, pero los números de mi cuenta bancaria están en rojo.

Me ha demorado una hora en que Jefferson encienda su computadora para que se le actualice el sistema operativo. Al final he metido en problemas a Sophia por mi culpa: se inventó que un niño llegó de urgencias y lo necesitaban. Jefferson lo constató y mi compañera dijo que se había confundido y pidió disculpas. El doctor no le perdonaría algo así de nuevo. Y estoy a punto de compensárselo.

Resulta que el jefe de residencias no entra mucho a estas computadoras, tiene casi nulo el registro de visitas a redes sociales y el historial está limpio de porno. Oh, lindo bebé, ¿a que no se hace pajas mirando chicas sin ropa? Qué tierno. Al carajo.

Entro al historial oculto. Aquel que está sellado como una escritura en el

software por cada visita a Internet que se realiza.

Lo abro y finalmente descubro...

Nada.

¡¿QUÉ?!

Nada de porno pero sí hay algunas entradas a Facebook, su home banking y otras entradas que no son de interés. No puede ser. ES HOMBRE. Los hombres hacen cosas en Internet que los dejarían en vergüenza de sólo hacerse eso público. Al último le tomé capturas de pantalla a cada una de sus búsquedas y se las colgué en el perfil de Instagram. También le puse en su nombre de usuario "No vuelvas a joder a una chica". No me rompió el corazón sino que drogó a una chica en una fiesta y luego se la llevó a una habitación. En sus búsquedas tenía inclusive "Nenas de 15", el muy enfermo. Le develé todo y nadie sospechó de nada.

No soy de ir a fiestas, esa fue la última a la que asistí y fue en casa de una compañera de universidad cuando estaba en cuarto año. Ni siquiera reparó en la aburrida chica de negro que bebía vodka sentada en un sofá mientras una parejita franeleaba a mi lado.

Nick parece no hacer nada ilegal en su computadora. Hasta que algo llama mi atención: no hay nada registrado del día que tenía que hacer la historia clínica de su bendito paciente, sin embargo, yo sí tengo un mail. De alguna parte ha de haberlo enviado.

Voy a mi móvil para corroborarlo, abro la cuenta de correo y doy con su mensaje. Estaba en lo cierto. Lo reviso.

Santo cielo.

Rastreo su IP y está bloqueado.

Intento entrar desde el malware que le descargué y sigue del mismo modo.

Mierda.

Querido Nickolas Jefferson, no sé si contratas tecnología de punta cuando vas a comprar a las tiendas de electrónica pero usas tu casilla de mail desde más de un dispositivo, mira qué casualidad, tienes el IP bloqueado en todos ellos. No puedo andar detrás de ti instalando virus como psicópata, deja de hacer eso, en verdad, es molesto.

Por un momento considero la idea de hacerle alguna jugarreta en su perfil de facebook subiendo algo vergonzoso como "tengo 50 gramos de coca,

¿alguien quiere compartir conmigo?" no obstante, lo desestimo. No tiene sentido. Si conscientemente está aplicando seguridad a los aparatos que usa, esto haría que se alerte y lo necesito con la guardia baja.

Así que decido empezar por responder a mi amiga pagándole la deuda del favor que me concedió.

Entro a la cuenta bancaria del doctor, accedo a los usuarios y contraseñas borradas, los encuentro y la pantalla carga sus deudas y dinero en cuenta.

Mientras me meto una cucharada de helado en la boca, la pantalla carga. Maldita cosa vieja, te destruiré en cuanto encuentre un bebé mejor que tú...lo cual sería en muchos años, si es que logro terminar las prácticas alguna vez.

Me pongo de pie y busco una manta de mi desordenada habitación. Tras el mueble que sostiene el espejo, veo una colita negra sobresaliendo del porte de mi mano. Un escalofrío me recorre el pecho mientras considero la idea de poner a hervir agua y echársela encima, pero la dejo de lado. Te dejaré vivir por hoy, roedor asqueroso.

—Mientras no te subas a mi cama—le prevengo como si me escuchase o entendiese—, te dejaré vivir. ¿Tenemos una tregua?

El bicho esconde la cola y desaparece en su agujero. Es todo un okupa.

Tomo mi manta engrosada con prendas viejas que le cocí hace unas semanas hasta que pueda comprar una estufa eléctrica y me la llevo a la cocina donde hago mis...operaciones. Sí, es otra manera de operar que va más allá de la cirugía.

La estufa, un celular nuevo, un portátil, más libros, un nuevo cubrecama, cambiar de apartamento, y la lista puede seguir creciendo. Me estoy endeudando conmigo misma sin contar el alquiler o la tarjeta de crédito cuyo color rojo está a punto de explotarme en la cara.

Tomo asiento frente a la PC y mis ojos se desencajan.

Ha terminado de cargar la cuenta bancaria de Jefferson.

Y tiene nada menos que cinco millones de dólares en su puta cuenta. CINCO MILLONES. Nunca vi nada igual. Podría pagar cien veces mis deudas y aún así me sobraría un resto. Maldito ricachón del demonio, ¡no puedes haberte enriquecido tanto en tan poco tiempo siendo un médico de casi treinta años! Veo su fecha de nacimiento:

2 de febrero de 1990. Tiene veintinueve años. Es imposible. De seguro viene de familia adinerada, por eso lleva tanta suerte el cabrón. Y otros contamos con tan poco.

Aún así, algo que puedo hacer es transferir cada uno de esos ceros a mi cuenta y seré millonaria. Pero no quiero tener problemas legales, además que tampoco me interesa enriquecerme con los sucios números de este sujeto. No quiero un solo dólar de su parte. Sin embargo, a Sophia le vendría venir algo.

Le transfiero 500 dólares a mi mejor amiga y lo justifico a modo de "Resumen de tarjeta de crédito." No especifico números ni códigos ni nada. Además, me he ocupado que mi cuenta de HardDeep deje limpio de información por cada vez que me paso por esto. En la transferencia a mi amiga, le figurará que el dinero proviene de una cuenta anónima y en el justificativo dirá "de un admirador secreto, bss".

Listo. Ella tiene muchos tipos lindos detrás, no le parecerá extraño algo así.

Vamos a lo que me interesa.

No puedo creer que Jefferson no haya buscado al menos una vez una página xxx en su historial. No doy con nada de mi interés. Así que entro a la casilla de mensajes de Facebook. Hay menos de cinco casillas de mensajes. Uno de una vieja amante que es del 2013, otro del 2014, otro de su madre, un cuarto de un usuario que ya no existe y el último es del lunes pasado.

M móvil vibra sobre la mesa y me distraigo.

Le miro.

Es un mensaje de Sophia.

A QUE NO TE LO VAS A CREER.

No le respondo. Lo dejo.

Abro la casilla de mensajes del lunes. Es de un tal Ken Andersen.

Mi móvil vuelve a vibrar.

TENGO UN ADMIRADOR SECRETO.

Vaya que le ha llegado rápido la transferencia.

¿Cómo sabes que no es ADMIRADORA? Gracias por el favor, So. Bss.

Le envió mi respuesta y pongo el móvil en silencio. No sabrá que nuestro jefe ha pagado mi deuda hacia ella. Considero si podría pagar mi tarjeta de crédito pero implicaría aceptar su dinero sucio y no lo quiero.

Abro el mensaje de Ken. Han estado conversando sobre salir de fiesta. Veo la foto de perfil de Andersen y me encuentro con un tipo musculoso de ojos claros, piel bronceada, cabello rubio y con demasiado fijador. ¡Claro! ¡Lo conozco! Es doctor en el servicio de oftalmología. Sophia me contó que fue compañero de Jefferson cuando estudiaban en la Escuela de Medicina. Nunca hablé con él pero lo reconozco de vista.

Rastreo dónde van a ir pero no aparece. El último mensaje de Ken dice:

Vamos, Nick. Hace mil años no salimos. Salgamos por unas nenas y sabes que no me refiero a cervezas. ;)

¿Nick? Es la primera vez que veo que alguien se dirija al serio Doctor Jefferson, Jefe de Prácticas del Departamento de Pediatría, Profesor Titular en la Universidad de Yorkshore, con el diminutivo "Nick".

La respuesta de Jefferson es cortante:

Viernes, entonces. Coordinemos el lugar por wpp. Tengo cirugía en diez.

Y ahí termina.

iHoy es viernes, por todos los santos!

No me lo termino de creer: ¿así que el doctor Jefferson pauta salir de fiesta diez minutos antes de entrar a una cirugía? ¿Así que el aburrido de Jefferson sale de fiesta? ¿Así que este idiota es millonario EN VERDAD? Wao.

De pronto una lamparita se enciende en mi cabeza como si algo hubiese hecho cortocircuito. Te atrapé, Nick.

ChocolateCake: Que me ayuden, cerdos.

GiveMeTheDrugsBabe: Hola, pastelito. ¿Qué se te ofrece?

ChocolateCake: Gracias al cielo. Saben que lo de cerdos no iba en serio.

GiveMeTheDrugsBabe: Somos las personas del mundo en quien mejor confías. Lo sabemos.

ChocolateCake: Me alegra que así sea. Necesito de su ayuda.

WhoIsTheSamurai: Hola chicos, perdón por la demora en conectarme, mi red es una porquería en el metro.

ChocolateCake: Qué bueno saber que estás aquí, Samurai. Bueno. Lo que necesito es lo siguiente. Debo entrar al móvil de un sujeto que tiene el IP bloqueado.

GiveMeTheDrugsBabe: ¿Probaste con meterle el Tools 2.1?

ChocolateCake: Sólo a su notebook pero ahora necesito entrar a su móvil y tiene el identificador protegido. No puedo acceder a su móvil hasta dentro de unos días, quizá. Creo que no sé si le volveré a ver.

WhoIsTheSamurai: ¿Estás acosando a alguien que te gusta, pestelito?

ChocolateCake: ¡NO!

GiveMeTheDrugsBabe: Ya conoces las reglas. Sólo en casos de vidas en peligro, sospechas de negocios sucios o ayuda comunitaria urgente.

ChocolateCake: Digamos que esta situación corresponde a la tercera normativa. No estoy infringiendo, lo juro.

GiveMeTheDurgsBabe: Confío en tu palabra, pastelito. A ver si podemos ayudarte... ¿Estás ahora mismo dentro de su computadora?

ChocolateCake: En una de sus computadoras. Sospecho que usa más de una.

GiveMeTheDrugsBabe: Perfecto. ¿Te has fijado si entró tiene acoplado el celular a los dispositivos Bluetooth?

ChocolateCake: Sí y no hay nada.

WhoIsTheSamurai: ¿Tiene vinculado el móvil a cuentas o compras por Internet? Páginas porno, por ejemplo.

ChocolateCake: Nada de porno. Ni en el historial oculto. Eso es lo que me hace sospechar que utiliza otra computadora o dispositivo.

GiveMeTheDrugsBabe: No te preocupes. Siempre existe una grieta aunque cueste encontrarla.

ChocolateCake: Aquí está todo tan bien que me asusta.

GiveMeTheDrugsBabe: ¿Ha entrado a whatsapp web?

ChocolateCake: Ejem... No lo sé. Ahora te digo.

ChocolateCake: Bingo. Lo ha hecho. Pero el HardDeep vuelve a decirme ERROR.

GiveMeTheDrugsBabe: No te preocupes por eso. ¿Tienes el código por el cual debió pasar la cámara de su celular?

ChocolateCake: Sí, está grabado.

GiveMeTheDrugsBabe: Pásamelo.

ChocolateCake: IMAGEN.

WhoIsTheSamurai: Usa Iphone el doctor?

ChocolateCake: "Doctor". Veo que ya lo stalkeaste. De hecho, sí, usa Iphone.

GiveMeTheDrugsBabe: Y se trata de una versión muy moderna. Al profe le fascinan los celulares caros. Aquí tienes el código para entrar a su

whatsapp web.

ChocolateCake: ¡Oh, cielos! ¡MUCHAS GRACIAS!

GiveMeTheDrugsBabe: De nada, pastelito. Diviértete.

ChocolateCake: ¡Muchas gracias! ¡Les adoro!

WhoIsTheSamurai: ¡De nada, pastelito! Cuando vuelvas a necesitar mi ayuda, lo haré. Que disfrutes.

GiveMeTheDrugsBabe: ;))

Usted se ha desconectado

Resulta que Jefferson no tiene muchas conversaciones de chat. Ha hablado con Bea sobre su proyecto donde habla de la intimidad de los pacientes pero el profe no le ha dado mucha importancia. ¿Cuándo se va a dar cuenta esa tonta de que este tipo no quiere nada? Aunque ya sé cómo son los hombres: la carne más débil y decepcionante que pueda existir. Quiere un agujero y Beatrice se lo está ofreciendo. Tarde o temprano caerá y no es tema mío ya. Sólo si en algún momento quisiera iniciarle un escándalo digital por acostarse con su alumna residente.

Hay algunos chats de su hermano por lo que puedo corroborar que Jordan es el chico de Facebook, otro de su madre, otro de algunos alumnos y colegas del hospital o la universidad donde le hablan por formalidades, hasta que doy con mi objetivo.

Ken.

Ahí está lo que buscaba. GiveMeTheDrugsBabe ite adoro!

Busco rápidamente mi móvil y descubro otro mensaje de mamá:

¿Estás bien?

Carajo.

Son las seis. Está anocheciendo ya. ¿Cómo se pasa tan rápido el tiempo cuando estás detrás de un par de pantallas?

Tengo otro de Sophia:

NO PUEDO CREER QUE ME HAYAS ENVIADO DINERO. ¡Lo hice porque eres mi amiga y ya has tenido suficiente para un solo día!

Un segundo mensaje de ella:

¿Alguna noticia de Jefferson? ¿Pudiste pedir en la universidad que te ubiquen en otro hospital?

Para colmo se preocupa.

Tecleo una respuesta:

Sé que soy de los que odian salir de fiesta pero tú lo amas así que prepárate que esta noche nos vamos a Drink's.

Su respuesta no demora en absoluto:

¿Te sientes bien, Nat? Sólo fue un favor, olvídalo. Y mañana te devolveré tu dinero, en verdad, no es necesario.

Yo:

¿Desde cuándo soy una persona caritativa, So? Ese dinero es para que pagues nuestra salida. Esta noche quiero que sea de puta madre así que

ábrete el escote y vamos a ese bar.

#004

[#ARROGANTE]

No sé si el vestido de Sophia parece demasiado corto o sus piernas demasiado largas pero se le ve bien. Es blanco con un pequeño bordado de encaje al final. Se sostiene a sus hombros de un fino bretel transparente lo cual es muy distinto al mío. Azul Francia, con hombros descubiertos y una abertura en V en la espalda. Lo he usado solo una vez en mi vida y es que me queda dos centímetros por arriba de las rodillas lo cual es extraño en mí; rara vez he usado algo tan corto. Cuando me pongo shorts se ilumina la noche por la palidez de mis piernas.

—Deja de estirarlo, se te ve bien—le digo a So para que se calme mientras nos bajamos del Uber.

—¿Segura? Creo que se me ha engordado el trasero.

—Olvídalo. A los hombres les encantará.

—No quiero parecer una zorra.

Le arrojo una mirada asesina.

—¿Lo dices en serio?

Ella ríe con timidez y ambas encaramos a la puerta del bar.

El guardia de seguridad hace un escaneo del trasero de ambas y se detiene en el de mi amiga. Hace algunos años que ya no nos piden identificación para entrar a un bar pero estoy segura que de no ir con So, a mí sola sí me lo pedirían. Mi contextura física parece sacada de un catálogo de uniformes para niñas católicas.

—¿Ya habías venido antes?—me pregunta So mientras nos dirigimos a las banquetas de la barra.

—No pero...me intrigaba—le digo mientras miro en todas las direcciones posibles en busca de mi objetivo.

—¿Por qué?

—Publicidad en Instagram.

—Oh, vaya. Así que frecuentas páginas de bares.

—Puaj, ino!

—Nat—escucharla decir mi nombre con seriedad hace que me vuelva a ella—, las dos sabemos que Internet elige publicidad según las búsquedas que haces. Y tú, claramente, no stalkeas bares. Ahora dime, ¿a quién buscas?

Oh...rayos...

—Bien, me atrapaste—le digo—. Al de Oftalmología.

Ella retrocede como si le hubiese caído una cubeta con agua fría.

Acto seguido el barman se acerca a nosotros. Es un lindo chico de piel pálida, pelirrojo, ojos azules, corbatín, camisa blanca y chaleco negro. Este sitio es demasiado formal para mi gusto.

En verdad, ningún sitio nocturno me gusta salvo aquellos donde hay computadoras.

Y si es formal, menos que menos. Sophia me conoce bien.

—¿Qué se les ofrece para beber?—nos pregunta el barman.

—Jugo de arándanos—le contesto.

Sophia me mira con sorpresa y una risita escapa del barman.

—Oh, qué graciosa—responde mi amiga y se vuelve al chico—. Daikiri de frutilla para ambas, por favor.

—Claro—dice y se retira.

—No sé qué es el Daikiri, So.

—Quizás es hora de que lo sepas—me sonrío y retoma el viejo tema—: Así que vienes buscando a un practicante de Oftalmología. ¿De quién se

trata? ¿Jordi? ¿Esteban?

—Ajjj, no. Al...doctor del sector...

—¡Phillips tiene cincuenta años, Natalie!

—¡No el jefe de residentes! Al que viene de las playas.

—Eso fue cruel. No es de las playas sino de Corea.

—Da igual, puede venir de playas coreanas.

—No, Nat. Son dos países y culturas completamente diferentes. No conviene juzgar a la gente por el bronceado de su piel.

—Bueno, el punto es que lo busco a él.

—Se llama Ken. Debe tener como diez años más que nosotras, ¿lo dices en serio?

—Ajam. Ken...—finjo que no me sé su nombre y vuelvo a echar un vistazo por todas partes. Acto seguido llegan los tragos y algo en la mirada de Sophia parece que se ilumina.

—Objetivo a la vista—señala acercándose a mí y observando sobre mi hombro izquierdo.

Me vuelvo hacia atrás y le veo entrar.

No reparo en Ken ni en el otro acompañante sino en el primero que entra. Tiene una costosa camisa azul más oscura que mi vestido pero de tela muy sedosa que brilla de tan sofisticada, es adherida al torso y le marca el atlético cuerpo al... egocéntrico Doctor Jefferson. No cabe esperar otra cosa de ese patán ególatra. El punto es que he dado con mi objetivo aunque ello implique soportar un club nocturno de mierda. Viste también pantalones negros adheridos a las piernas y zapatos de alguna marca demasiado cara.

—Ay, por Dios—suelta Sophia al notar lo mismo que yo—. Es el profesor Jefferson.

—Uy, sí, qué alegría.

—Mira ese...pantalón. Le marca el culo de maravilla. Y no podría haber elegido mejor camisa que esa, parece que las mangas le van a reventar de lo grandes que tiene esos bíceps. Más los pectorales...Dios santo.

—Uy, sí, qué maravilla—trato de no mirar.

—¿Y quién es el bombón que viene detrás?

Observo de costado donde señala Sophia y noto que se trata de otro hombre cuyos rasgos sí impresionan a ser alguien de Oriente. Es esbelto, delgado y trae puesto un traje que le queda entallado. El pelo negro es corto y los primeros botones de su camisa desprendida le dan un aire alborotado. Se lo ve sexy pero no de mi estilo, paso.

Algunas chicas más también los miran bastante entretenidas, aunque Jefferson ignora a todo el mundo, toma una escalera lateral y sube a la zona VIP de este horrible lugar. No solo viene a un sitio tan feo de lo formal y caro que es, sino que se mete a la zona de privilegiados. Se trata de una cabina vidriada a los alrededores del lugar, en un entrepiso. Claro, cuando tienes cinco millones que te respaldan el bolsillo...

—Quédate con Ken, yo me voy con el último—añade mi amiga—. Pero Jefferson quedará solo.

—Estoy segura de que no le molestará prescindir de la compañía humana.

—Es probable. Aunque está como para comérselo en salsa barbacoa. Seguramente no demorará en encontrar una chica con quien pasar la noche.

Espero que sea una chica ilegal o algo que lo perjudique.

De pronto me siento una estúpida. ¿Qué estamos haciendo aquí? ¿Creía que me encontraría a Jefferson haciendo qué exactamente? No es un lugar de strippers y si las hay ahí arriba, desde abajo no podemos discernir nada de lo que hay más allá de esos vidrios espejados. ¿Acaso pensaba que estaría con Beatrice? ¿Por qué exactamente? Al demonio, debe haber otra forma de llegar a su móvil o de encontrar algo para extorsionarle. O quizá deba renunciar a mi suerte de mierda y aceptar que he perdido mi oportunidad de concluir las residencias este año. Mamá va a matarme (o quizá no lo haga literalmente), seré una decepción para ella. Sólo espero que siga viva para cuando...

—Vámonos—le digo a mi amiga y me pongo de pie junto a mi banqueta.

—¿Qué? No, recién llegamos—me contesta.

—Esto es una locura. Ken debe tener familia o novia o algo, no puedo hacer nada aquí.

—No estaría en un bar esta noche si tuviese algún tipo de compromiso a menos que no le importe—me retiene Sophia—. Por cierto, ¿cómo supiste que vendría esta noche?

—Lo...escuché comentarlo.

—Bien. Con más razón: ya estamos aquí y no nos iremos. Si no es con Ken, será con otro.

—Pero ¿por qué necesitamos ligar con un hombre para poder pasarla bien?

—Tienes razón. Olvidémonos de ellos, ¿sí?

Sophia extiende su dedo meñique.

—No haré eso—le digo.

—Tienes que hacerlo—insiste.

—No.

—Debes. Te hice un favor, ¿lo olvidas?

—Uff...

No le sacaré en cara el dinero.

Acerco mi dedo meñique y lo engancho al suyo conviniendo ambas a la vez:

—Nada de hombres por esta noche.

—¡Por favor, por favor! ¡Sólo le daré tu número de teléfono y me vuelvo!

Me tomo la cabeza como si me pesase sobre la barra y creo que ha llegado el momento de dejar de beber.

—Noooo—le digo a Sophia quien también ha tomado varias copas. He perdido la cuenta pero más de tres cada una, seguro.

La gente ha empezado a bailar a nuestro alrededor y el bar pasa a ser un

club nocturno con todas las letras.

—¡No me acostaré con un doctor del lugar donde hago...hice mis prácticas!—le digo.

—Lo haré—me contesta con determinación, poniéndose de pie.

Lo hago también y me detengo frente a ella. Me mareo un poco en el envión pero logro sostenerme.

—Ven. Bailemos así corroboramos cuánto podemos sostenernos en pie.

—Siiiiiiii.

Tomo a mi amiga por el vestido y la llevo hasta la pista de baile. Está sonando un remix interesante de una canción que conozco: Apartment de Bobi Adonov. Amo esa canción. Le he dado como mil reproducciones desde mi cuenta de Spotfy. El último chico con el que me acosté, le obligué que la pusiera de fondo cuando lo hicimos. No fue tan mágico. Disfruté más la canción que su cintura contra la mía.

—Woooooou—aúlla Sophia.

—¡Cálmate!—le grito pero la música amortigua mis oídos.

—¿Quéééééé?!

—¡Que te...! Bah, olvídalo.

Ella sonrío y seguimos bailando.

Aprovecho que por primera vez en la noche ponen una canción que me gusta aunque la hayan retocado para que seaailable y deajo que la voz de Bobi se me meta en los huesos. Las guitarras suenan en mi interior como grandes secuencias eléctricas. Cierro los ojos y me deajo invadir por el ritmo de la canción que resulta embriagante junto a la combinación de las luces y la bebida que me he tomado en lo que va de la noche.

Hasta que la canción engancha otra de un cantante que no reconozco pero la letra dice "te cogeré de todas formas".

—¡Vaya, canción!—le digo a mi amiga un poco horrorizada. No por la letra sexual sino porque TODO aquí es sexual.

Pero Sophia no está.

¿...Qué carajos?

—¡¿So?!

Ando entre algunas personas, chocándome a ratos con cuerpos muy apretados.

Mi amiga se ha ido.

O se la han llevado.

O la música la ha arrastrado por otros lugares.

Miro en todas partes y busco mi móvil del corpiño. Reviso la casilla de mensajes pero no ha avisado nada. ¿Por qué este tipo de cosas tienen que ocurrirme a mí?

DÓNDE TE METISTE

Escribo y envío el mensaje.

Pero al levantar la cabeza, tenga la sonrisa de un chico mirándome de pies a cabeza y ofreciéndome una mano.

—Hola, linda. ¿Bailamos?

Es el amigo de Ken y Jefferson.

#005

[#NEGOCIADA]

—¡No, gracias!—le contesto—. ¡Estoy buscando a mi amiga!

—¿Tu amiga, la rubia alta?—me dice acercándose a mi oído y percibo su perfume. Mierda, es riquísimo. Fresco y ligeramente dulce. Noto un toque almendrado. No se parece al que usa Jefferson cual me sugiere constantemente a cuero y tabaco.

—¿La has visto?—le pregunto.

—Sí. Está arriba. Me sugirió que te venga a ver.

Ay, no.

¡Sophia fue a buscar a Ken pero está tan ebria que me envió al equivocado!

—¡Debo ir a buscarla! ¡Permiso!—le digo intentando pasarlo.

—Aguarda—me dice—. Está interactuando con mis amigos. ¿Por qué no conversamos un rato?

¿Es que Jefferson se encuentra intentando ligar con MI MEJOR AMIGA?
No, mierda, no. Aunque a So le gustan los tres hombres que han llegado, no sé si sería muy sensato...

Ay.

Mi cabeza me duele cuando me doy cuenta de algo.

¿Quería un escándalo en que Jefferson estuviese involucrado con una alumna de las residencias del hospital? Lo tengo, aparentemente. Pero NO QUIERO que mi mejor amiga quede implicada en eso. Beatrice sería mucho más conveniente, ¡Sophia definitivamente no!

De todas formas, ella subió. No debería llevármela tan rápido...

—¡Bi...en!—le digo—. ¡Conversemos!

—¿Y si mejor vamos a un lugar más tranquilo?!

—¿Cómo qué?!

—Tengo mi auto afue...

—Oh, no, lo siento. Pero si quieres llevarme a un lugar más tranquilo, puede ser allá arriba con tus amigotes y mi compañera.

Cada tanto mis neuronas hacen sinapsis y se me ocurre una buena idea.

—Bien, subamos—dice él luego de estudiarme con la mirada.

Se dirige hasta la escalera y me deja subir primera. Mientras lo hago, noto de refilón que me está observando el trasero, jodido cerdo.

La zona VIP consta de un montón de juegos de living en una especie de cabina ovalada cuyos vidrios sí dejan ver a la perfección lo que hay más allá. Hay algunas personas sentadas, otros conversan, hay quienes forman sus propios grupos.

Andamos hasta que los veo. Ken conversa animadamente con Sophia pero Jefferson está al otro lado, en una especie de balcones semiabiertos, fumando un cigarrillo. ¿FUMA? Dios.

Acto seguido tomamos asiento en un juego de sillones contiguo.

—Entonces, ¿te llamas Natalie?

Lo miro como si me hubiese desnudado.

—¿Cómo lo sabes?—le digo alejándome de él.

—Te he estado observando toda la noche.

—Bien pero no tengo un cartel en la frente que dice mi nombre. ¿Jefferson te lo dijo?

—¡Ah! ¿Conoces a mi amigo?

—Ejem....quizá.

—¿Y por qué debería de habérmelo dicho?

—Es mi...jefe de residencias en el hospital.

—¡Ah!—algo en su gesto parece que decae—. Y tienen... una relación ¿muy estrecha?

Lo miro como si me hubiese insultado directamente.

—¡No! Claro que no.

—Ah, disculpa. Sólo prefiero conservar el código de no meterme con las chicas de mis amigos. Ya sabes.

—ES MI JEFE. MI PROFESOR. MI DOCTOR.

—¿Tú doctor?

—¡Digo...No! ¡Es doctor y punto!

Él frunce el entrecejo. Acto seguido un mesero se acerca con una bandeja

en la mano. Trae champagne.

—Gracias—dice mi acompañante mientras dejan copas y champagne sobre la mesa ratona frente a nosotros.

El recién llegado descorcha la botella, nos sirve bebida en las sofisticadas copas de cristal y se va.

—¿Por qué mejor no dejamos de hablar de Jefferson y nos centramos en nosotros?—pregunta él mientras me pasa una de las copas—. Por ejemplo, mi nombre. Soy Kaneki. Amigo de tu jefe y socio.

De pronto me interesa más.

¿Socio?

—Kaneki—digo oliendo el champagne y me mojo los labios. Si alguna vez probé esto no me acuerdo pero tengo la lengua un poco pastosa de tanto alcohol para una sola noche.

Me pregunto cuánto saldrá esa botella.

Seguro que lo equivalente a medio mes del alquiler que debo.

—Sí. ¿Te gusta?—me pregunta luego de que le doy un sorbo a mi copa.

—Sí, está bien el champagne.

—Me refería a mi nombre.

—Ah—murmuro un poco incómoda—. ¿Eres de...Corea?

—No—responde riendo. Ese es Ken, aunque parezca más bien de Colorado o Cancún.

—¿Filipino?—arriesgo.

—Japón—me corrige—. Tokio. Mi familia llegó a Yorkshire cuando era niño.

—Ah.

—¿Y qué hay de ti?

—¿De...mí?—articulo con la copa sobre los labios como si sirviese para esconderme.

—Sí. ¿De dónde vienes? ¿Eres de Yorkshire?

—Ejem... No. Mi familia es de Nottingham.

—¡Ah!—Kaneki parece sorprenderse—. La ciudad de Robin Hood.

—Ajá.

—¿Eres de esas familias a las que Hood les robaba para, ya sabes, darle a los más pobres?

—Mmm, no exactamente. Soy más bien de a los que Robin Hood les hacía sus actos de caridad.

—¡Ah!—Kaneki se bebe su copa de un trago ante la incomodidad de mi declaración—. No tengo nada en contra de eso, es que, ya sabes, este lugar es...bueno, algo costoso y eso. Juzgué mal, lo siento.

Creo que capta el modo en que lo fulmino con la mirada.

—Pero tienes trabajo estable en el hospital, me cuentas que estás haciendo el programa de residencias, ¿verdad?—me pregunta y no hace más que seguir hurgando en la herida.

—Algo así.

—Pues, ya tienes todo solucionado. Porque en caso que necesitates un dinero extra... ya sabes.

¿Qué mierda me está insinuando?

—¿Quieres decir que tú pagarás el champagne?—le digo virando lo que sea a lo que se haya referido—. No es necesario, ahora mismo me voy.

—¡¿Qué?! No, no, aguarda, no es necesario. No me refería a eso. Y sí, lo pagaré. Sólo discúlpame, fui grosero. Me expresé mal.

No sé qué carajos haya querido decir pero no me interesa.

—¿Y si mejor me cuentas eso de que Jefferson y tú son socios?—le digo acomodándome en el sillón.

—Ah—dice él y se sirve más bebida, llenando también mi copa—. Ya sabes, algo chico, una pequeña empresa con Ken y Nickolas. Nada del otro mundo.

—¿Ken también?

Ningún socio de ninguna pequeña empresa tiene cinco de los grandes en su cuenta bancaria.

—¿Y qué venden?

—¿Hale? ¿Qué haces aquí?

La voz me atraviesa los oídos como cuchillas.

Miro hacia el costado y me encuentro con un cinturón de cuero y hebilla de metal. Levanto un poco más la cabeza y doy con la mirada enfurecida de Jefferson pero no se dirige a mí sino a su socio.

—Ah, Nick. ¿Cómo estás?

—¿Qué hace usted con él?—Jefferson se vuelve a mí. Detesto que no me tutee.

—Nos estamos conociendo—le contesto, al ver que esto le haya enfurecido.

—Conversamos, Nick. ¿Por qué no buscas a la chica...? Ya sabes.

¿Qué chica? ¿O lo dice solo para seguir ligando conmigo? Pues, no me interesa. Creo que ya he obtenido la información que buscaba.

Con que una misteriosa pequeña empresa no declarada.

—No me buscaré a ninguna chica—responde él y se vuelve a mí—: Retírese, por favor.

—No, profesor—le contesto, logrando que mis palabras logren enfurecerlo aún más.

—No puedes estar con ella—se vuelve a Kaneki.

—¿Por qué?

Jefferson se toma la cabeza.

—Eso, profesor. ¿Por qué? Soy alumna de su plan de residencias y hemos coincidido esta noche en un lugar donde salimos a tomar las copas.

—Puedes...simplemente...

¿Callarme? ¿Cerrar la boca? ¿Acaso vas a mandonearme también aquí, Nickolas Jefferson?

Él termina la frase:

—¿...venir conmigo?

—¿Qué?

Mi respuesta sale casi de inmediato.

—Debemos conversar. Sólo...ven un momento.

Oh, vaya, ahora quiere hablar este hijo de puta. Es mi oportunidad.

—Bien. ¿Dónde quieres que vayamos?

Jefferson me toma de un brazo y tironea hasta el balcón donde antes fumaba un cigarrillo.

Así que el tabaco no es de su perfume sino sólo el toque a cuero.

—Ahora vuelvo—le señalo a Kaneki, sujetando la copa, y me retiro con el doctor.

—¿Qué crees que estás haciendo?—me dice con una mirada glacial.

—¿Hablando con un hombre en un club?

—Pero por qué con él. No debes tener nada que ver con nadie de mi alrededor.

—¿Y eso por qué, doctor Jefferson? Ha sido una enorme casualidad.

—Te diste la vuelta cuando entramos. Y es la primera vez que te veo en el club. Sabías que Kaneki venía conmigo.

¿Así que viene seguido a este lugar? Vamos, profe, siga hablando.

—Yo sólo he venido a divertirme, no todo gira alrededor de su puto ombligo, señor profesor.

—No me hables de ese modo.

—¿Nos volvemos a tutear?

—Carajo.

Se sostiene el puente de la nariz con dos dedos en busca de cordura.

—Mira—suelta luego de un resoplido—. Kaneki es mi asociado. Y no puedes...estar con él. Punto.

—¿Por qué?

—¿Te gusta?—me pregunta tomándome por absoluta sorpresa. ¿Qué le importa a él si su socio me gusta?

—Es sexy—le contesto y los músculos de su mandíbula se tensan.

—No puedes estar con él—responde tajante.

—¿Por qué?

—Ya te lo he dicho, Natalie: es mi socio.

—Así que te sabes mi nombre.

—Sólo límitate a buscar a tu amiga y lárguense de aquí. Si no tienes dinero para el taxi, te lo pago yo.

¿Qué carajos tienen estos tipos con humillarme por mi condición económica?

—Eres un idiota—me atrevo a decirle.

—No quería que se malinterpretara. Pero olvida a Kaneki y váyanse de aquí. Él es mi socio y tú, desde hoy, has dejado de ser oficialmente mi alumna en las residencias.

Sus palabras me hieren, pero trato de ignorarlo ahora mismo. Este idiota no se hace una mínima idea de lo que esas prácticas significan para mí. De ello depende que coma todos los días y mi titulación. No soy de la clase acomodada de la cual viene y tiene la suerte de pertenecer en la actualidad.

—Tú lo has dicho: desde hoy no soy tu alumna. Puedo estar con tu socio o con quien se me antoje.

—No lo entiendes, ¿verdad? Creerán que fue un conflicto de intereses. El mismo día que te doy la baja en las prácticas, tienes algo con mi socio de negocios. No puedo dejar que ensucies mi legajo profesional.

Oh...ya.

Si creía que este tipo era un imbécil, acaba de redoblar la apuesta.

Con que todo se trataba de eso: su puta carrera y su puto legajo profesional. Claro que todo gira alrededor de su ego, no cabía esperar otra cosa. Si por un instante creí que podría apiadarse, estaba equivocada.

Pero esto no significa que me haya quedado sin armas para defenderme. Ya me han despreciado lo suficiente como para que él venga a hacerme sentir humillada una vez más.

—Evidentemente eres un hombre de negocios y esto se puede negociar—le digo, tajante.

—¿A qué te refieres? No me gusta cómo se oye eso.

—Pues fíjate que a mí sí. El trato es éste: tú me das nuevamente el alta en el programa de residencias y yo me olvido de tus socios, ¿estamos? Una nueva oportunidad a cambio de que no ensucies tu legajo profesional.

—No haré eso. Tú te ganaste la expulsión del programa. Las reprobaste, para ser exactos. —Estoy a punto de reventar la copa de Kaneki en mi mano.

—¿Reprobé porque no hice todo lo que a ti se te dio la gana? Nos tratas como esclavos. Somos residentes, no cucarachas a quienes pisotear.

—Yo... No es esa mi intención, la práctica profesional es así, el sistema de salud está lleno de urgencias y pretendo que mis alumnos estén a la altura de ello; es probable que tú no lo estés. Pero esto ya no entra a discusión: no haré lo que pides. Me estás chantajeando. Eso es motivo de sanción, además.

—No, no lo es. Si me dejas fuera del programa, no eres más mi jefe de prácticas y tu materia ya la aprobé el año pasado así que olvídate que haré lo que se te antoje. Por cierto: aunque con Kaneki no haya ocurrido nada, me encargaré de que eso llegue al departamento de asuntos internos lo cual se verá muy bien reflejado en tu puto legajo profesional.

—No harás eso.

—Oh, sí que lo haré.

—Mierda.

Jefferson se hace hacia atrás y mira la noche estrellada como si un meteorito estuviese a punto de traer consigo el fin del mundo. Nunca antes lo vi preocupado por algo que lo dejase en silencio.

Sus manos en la cintura le marcan aún más sus pectorales que suben y bajan al ritmo de su respiración agitada. Sophia tiene razón, es atractivo pero su modo de hacerse deprecia hace que se vuelva insoportable.

—Bien—masculla volviéndose a mí y me habla demasiado cerca, tanto que el olor a cuero y tabaco se me mete en la nariz, además de su aliento mentolado—. Lo haremos así: El lunes te reincorporas al programa de prácticas pero tendrás que redoblar las horas. No sé cómo pero lo harás.

—Ni loca. Continuaré normalmente.

—Haz lo que te digo—se adelanta.

Y yo me adelanto más.

—¿Por qué?—lo provoco.

—Porque soy tu jefe.

—No aún.

—Lo soy, carajo. Estás dentro otra vez, ¿contenta? Tú te olvidarás de Kaneki y esto nunca sucedió, ¿contenta?

—Nada de redoblar horas.

—¿Y de qué modo justificaremos tu reinserción al programa, geniecilla?

—Tú eres el jefe—me encojo de hombros.

—Entonces...trabajarás para mí.

Levanto una ceja.

—¿Q-qué?

—Yo—cierra los ojos como si le pesasen una inmensidad—. Yo...te recibiré en el laboratorio. ¿A qué hora sales comúnmente de las residencias?

—A las cinco.

—Entonces de cinco a siete te quiero en el laboratorio del hospital. Harás un proyecto con mi asesoría para compensar tus faltas y no reprobar.

Parpadeo impresionada.

—¿Estamos?—insiste. Se ha enrojecido de la furia. No lo había visto así. O sea, enojado está siempre pero esta vez furioso sería la palabra adecuada. En verdad he logrado intimidarlo—. ¿Tenemos un...trato?

Extiendo mi mano y rompo la distancia entre ambos para estrechar la suya por la fuerza. Si vamos a hacer un negocio, lo haremos bien.

—Tenemos un trato—convengo y me voy con una sonrisa maliciosa en el rostro y la copa de Kaneki en mano.

El libro ya está escrito completamente.

Es #1 en Ranking de Romance y Novela Erótica en Wattpad y Litnet.

Para más información, contactar a luis.avila_595@hotmail.com